

Pretexto para una reflexión sobre nuestra profesión

Por Antonio Vélez Catrain

que las opiniones suelen ser muy poco comprometidas. El silencio, en su discurso, respecto a la producción arquitectónica de cualquiera de los «Five» fue mucho más elocuente que cualquier explícita mención.

Como el Colegio de Arquitectos de Valencia y Murcia publicará íntegramente todas las intervenciones, el lector me perdonará que intente a continuación recoger en un pequeño refrito, las opiniones diversas, pero a mi juicio poco enfrentadas que han reclamado en mayor grado mi atención:

— Es Arquitectura solamente aquello que está destinado a construirse, a convertirse en un hecho arquitectónico.

— Es necesario recuperar el oficio y la tradición constructiva como elemento de continuidad en la historia de la arquitectura y de la ciudad.

— La ruptura de esta continuidad se ha dado, fundamentalmente, con la generalización irreflexiva de los postulados urbanísticos del movimiento moderno.

— El movimiento moderno ha sido sin duda alguna algo más que un fenómeno de renovación formal y de ruptura con la arquitectura histórica. Fue una solución eficaz de continuidad y una vanguardia positiva desde el punto de vista del progreso de la humanidad.

— Los movimientos «neovanguardistas», cuya intención fundamental es la ruptura formal, vienen a ser como la resaca de la verdadera vanguardia. Resultan la imagen especular de esta última: «... lo que antes quedaba a la izquierda está en este caso a la derecha y viceversa...» (3).

— Mantener una confrontación crítica con la realidad productiva, resulta como mínimo, un apoyo en la labor de creación arquitectónica y nos ayuda a escapar de determinadas corrientes —neovanguardistas— que acaban siempre por cerrarse sobre sí mismas. En este sentido, cualquier actitud de respuesta arquitectónica a una previsión de futuro, y no a la realidad existente, supone una actitud, en Arquitectura, antiprogresista.

— En arquitectura, la vanguardia es un hecho secundario. A diferencia de otros sectores de la manifestación artística, se da al margen de las transformaciones decisivas de la historia.

— Es necesario reconocer el carácter de «cosa pública» que tiene cualquier hecho arquitectónico, por encima de otras características. La arquitectura es obra pública por excelencia. Su irrupción en la vida cotidiana se realiza, siempre, de un modo violento. También es necesario valorar constantemente esta relación de la arquitectura con la vida cotidiana.

Los anteriores párrafos, casi aforismos, entresacados de las intervenciones en el symposium, reflejan, a mi criterio, la convergencia en los juicios que se dio en el encuentro de Valencia.

Resultaba frustrante, después de cada uno de los encierros que suponía cada una de las sesiones, la salida a la calle, a la ciudad. La impotencia de una élite como es la de los arquitectos ante el fenómeno de crecimiento y desintegración urbanos, era la sensación más generalizada.

No es posible resolver, ni siquiera es posible discutir, estos graves problemas y esta falta de continuidad —histórica y física— en la ciudad desde plataformas teóricas, que con toda la buena intención, se sitúan en planos más o menos «dilettantes», al margen de una consideración a fondo de lo que es hoy el ejercicio profesional, que no es ni mucho menos el de los grandes maestros o teóricos de las vanguardias o neovanguardias. Tampoco es posible una identificación, o el entusiasmo, con nuestro cometido, desde el cuidadoso y metódico oficio que conduce al profesional desde su «opera prima» a las «obras completas» cada vez más inéditas e irrelevantes en el entorno actual. Esta última actitud al menos concede a quien se apoya en ella una coartada testimonial que deja tranquila —más tranquila— la conciencia a la que a veces intranquiliza el peso del bolsillo. ■

Antonio Vélez Catrain
Mayo 1980



Crematorio, Gunnar Asplund.

Grassi llamó «...período heroico del movimiento moderno...» fue positivo, inscribiéndolo entre aquellos movimientos que a lo largo de la historia de la arquitectura han demostrado una «...cierta confianza en el progreso...»

En las intervenciones de Frampton, Grassi y Bohigas se dio una coincidencia en la valoración negativa de una arquitectura de papel que se contraponen, en su intencionada difusión, a la defensa consecuente de la tradición constructiva, el oficio o la aceptación cotidiana del reto de la tecnología. La exposición de Oriol Bohigas fue la decantación en la obra de Asplund de esta reivindicación. Modelo de reinterpretación de los fenómenos culturales de su tiempo, logra convertir esta reinterpretación mesurada y crítica en aportación decisiva para el futuro de la Arquitectura. Modelo también de administración dosificada de recursos formales, espaciales y tecnológicos. Como casi siempre, estas proclamas nos llegan algo tarde y nos hacen ver, aumentados, los errores cometidos en las defensas ardorosas de muchos movimientos exageradamente referenciados y que como el propio Bohigas dice —en lo que podría considerarse una loable y discreta autocrítica— son esfuerzos de identificación de pequeños sectores profesionales.

Las referencias positivas al aspecto instrumental en la obra de Kahn, Aalto o Van Eyck, resultaron tranquilizadoras, frente a la consideración en el sentido opuesto de la obra de los neorracionalistas encarnados en Rossi y en los rossianos. Junto con su defensa de la posición y la obra de Loos, su exposición fue un intento de declaración de principios, muy de agradecer en un medio en

(1) La denominación de élites sin poder, aplicada a los arquitectos, está recogida de la nota que a su vez recoge R. de Fusco en su libro «La idea de la Arquitectura» (Col. Punto y Línea G. Gili. Barcelona 1976).

(2) La conferencia de Fernando Montes sin duda fue la más desgajada de todas las que se dieron en el symposium. «Lo Bueno y Lo Malo en la Arquitectura Moderna» estuvo dedicada fundamentalmente a señalar —como saldo final que según él ha prevalecido— los aspectos negativos del Movimiento Moderno. Defendió ardorosamente «La Escuela», «Los Maestros», «La obra modélica y ejemplar» y las «Revistas». Elementos con los que no coincido en absoluto, como medios para resolver los problemas con los que hoy la arquitectura se tropieza.

(3) Esta frase, entresacada de la conferencia de Tomás Llorens —El hombre Nuevo— considero que por su contenido irónico puede ilustrar, con agudeza el juicio convergente que sobre las neovanguardias, se dio en el encuentro de Valencia.